

# LOS HUERFANOS DE LA REVOLUCION

JUAN CUETO

**H**ACE apenas diez años lo escribía todo con mayúscula y en singular. Circulaba por la vida con esa reconocible mirada retardada de los que ignoran la duda, los andares cargados de sentido de siete leguas históricas, el lenguaje atrapado en aquella rígida «weltanschauung» de panfleto a ciclostil, la ideología llamativamente inscrita en la jeta y la jeta iluminada por los rayos de la gracia santificantes de los grandes universales políticos.

Confundía «capitalismo» con «civilización», jamás se había planteado la diferencia entre el «es» y el «debe», juraba por sus antepasados apócrifos que el pesimismo era una astucia intolerable del pensamiento reaccionario, estaba aparatosamente orgulloso de sus propias evidencias, profetizaba el futuro con fe de carbonero de la primera revolución industrial, era devoto con el pasado y despreciaba el instante —la «actualidad», la «coyuntura»— porque estaba convencido de que el mañana siempre iba a ser mejor que el hoy.

## El hombre que no tenía la mirada distraída

De la filosofía le interesaba únicamente la tesis XI sobre Feuerbach —la Tesis propiamente dicha—, el arte en general y las literaturas en concreto sólo tenían razón de ser como plano reflejo social de la teoría del reflejo plano a la moda lukacsiana, le resultaban más apasionantes los coloquios que las películas y sin haber leído explícitamente el *Eclesiastés* —eso juraba— decía que había un tiempo para cada cosa, tiempo prosaico del reír y tiempo heroico del sufrir por la Humanidad, pero que, dispuestos a elegir, este último era mucho más trascendente que el otro.

Aunque lo más característico del hombre que no tenía la mirada distraída, ya digo, era su peculiar manía ortográfica. Escribía o pronunciaba: *el Partido, la Revolución, la Historia, el Poder, la Política, la Burguesía, el Imperialismo, la Vanguardia, lo Social, el Proletariado, lo Real...* Había poblado su existencia de recias mayúsculas procedentes de las canteras del románico industrial y sólo tenía frecuencia modulada para el chirriante sonido que emiten los artículos gramaticales cuando son clavados singularmente, desconsideradamente, en el discurso.

Acaso haya maneras más rigurosas de referir el salto sin red que se produjo de la Era del encanto revolucionario a los sucesivos desencantos «alternativos» que han surgido en estos últimos tiempos y que nos rodean ahora mismo, pero sostengo que ningún procedimiento resulta más audiovisual y empírico para dar cuenta de esta ruptura —de las numerosas rupturas— que el que describe la alegre desbandada de los singulares y la caída estrepitosa de las mayúsculas en el lenguaje —y la vida— de la izquierda. Es posible que esto pueda sonar a formalismo, a formalismo ruso, pero no es la primera vez que las mutaciones sociales o ideológicas ocurridas en una determinada etapa histórica afectan a las normas ortográficas, incluso a las caligráficas. Basta dar un repaso aéreo por ciertos papeles de nuestro Santo Oficio, para encontrar entre sus inquilinos ejemplos formidables. Ahí está aquel maravilloso gramático que en pleno siglo XVII osó imprimir que «...los nombres propios de persona o animal, los ríos, los montes, los mares y las ciudades, los principios de verso y de cláusula, deberán escribirse en letra versal. Aunque este principio no rige para los nombres de *las dignidades terrenales* y sólo para *algunas* de las celestiales». O el caso contrario: la delación que unos vecinos piadosos de Toledo hicieron de cierto calígrafo judaizante que se empeñaba en dibujar espectaculares mayúsculas —casi *capitales*— a costa de palabras que «...tienen el sabor de la herejía, como *sábado, luna, siete y esfera*». Y añadían los escandalizados acusadores del cali-

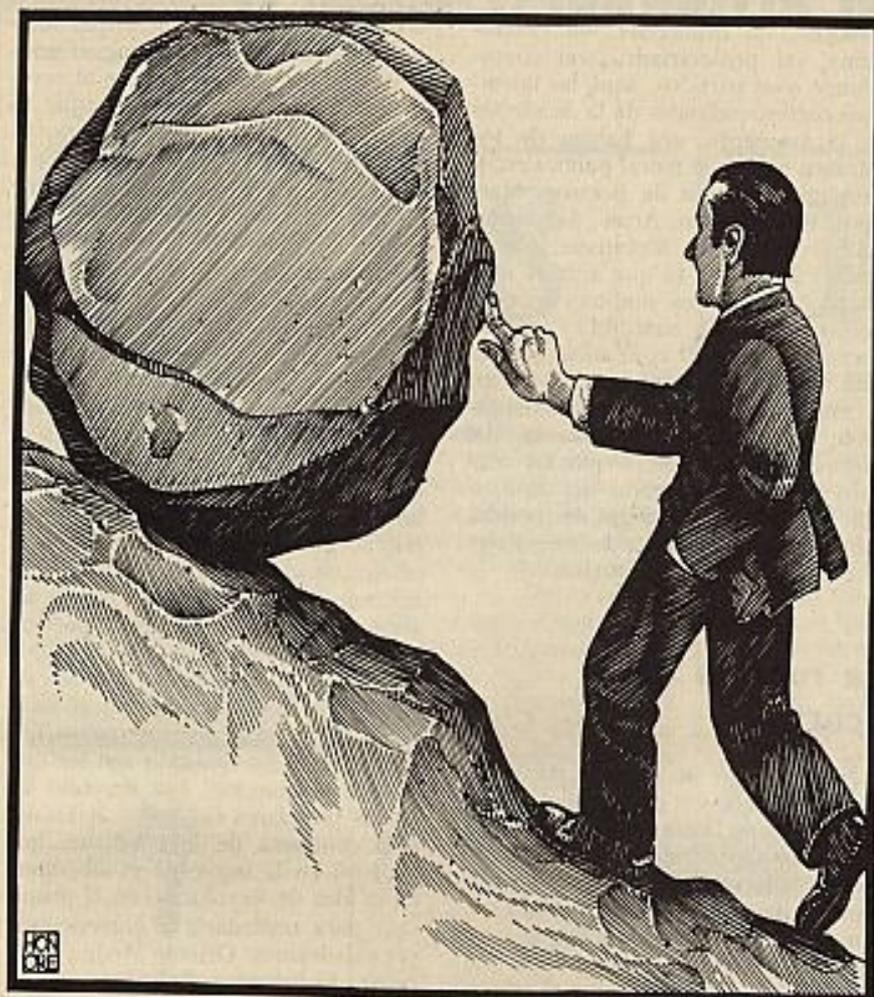
grafo marrano: «Escribe también en letra pequeña *cerdo, vino y jabali* y no *cabra, leche, antílope y trigo*».

## La seducción del fragmento

Pero volvamos a nuestra historia particular. De pronto se sorprendió a sí mismo rebajando de rango ortográfico aquellas grandes evidencias en las que tan intensamente había creído y por las que en más de una ocasión afirmó en público que merecía la pena morir. No sólo empezaron a desaparecer de su jerga política las mayúsculas filosóficas y los singulares ideológicos, sino que el hombre que en la década de los sesenta no tenía la mirada distraída empezó a sentir una irreprimible tendencia a pluralizar los textos y a trivializar los contextos. El tiempo del sufrir por los demás dejó de ser más importante que el tiempo del placer individual. Y un buen día, aquel discurso sin fisuras, redondo, inoxidable al desaliento e inexpugnable a las críticas, saltó por los aires en mil pedazos.

De sentir *pasión* por las grandes teorías cerradas sobre sí mismas, por las nociones genéricas, por la acerada geometría de las ideas, por aquellas organizaciones totalizantes, tantas veces totalitarias, con las que había utopizado en las duermevelas, pasó a sentirse irremediabilmente *seducido* por los fragmentos que había provocado su propia «weltanschauung» al estallar delante de sus narices perplejas.

También esta segunda mutación histórica pertenece al reino de lo gráfico, como el exilio de las mayúsculas y la fuga de los singulares. Los grandes libros de cabecera del hombre que empieza a tener distraída la moral revolucionaria dejan de ser aquellos *manuales* organizados según el arcano modelo del sujeto, verbo y predicado; tiranizados por la lógica del comienzo, nudo y desenlace; pertenecientes a la familia feliz que componían *el Concepto, el Lenguaje y la Verdad*, y otras santísimas trinitades discursivas. Ahora es el turno de los



textos fragmentados, discontinuos, dispersos, aforísticos, descentrados, abiertos a todas las lecturas posibles. Ya no trataba de buscar la Interpretación, sino precisamente de exorcizar a toda costa el fantasma de la interpretación única.

Estamos ante un hecho visual al alcance de todas las dioptrías, al margen de cualquier otra consideración de mayor envergadura. El hombre que ya tiene la mirada fragmentada, casi en la luna de Valencia, arrincona discretamente aquellos sagrados manuales de texto continuo que durante tantos años fueron su alimento exclusivo, su colirio excluyente, y decide practicar la dieta lúdica del duque de La Rochefoucauld con el narcisista propósito de estilizar sus figuras de estilo. Los cerrados tratados de la argumentación firmados por Hegel, Marx, Engels, Lenin, Gramsci, Sartre, Lukács, Marcuse, Althusser et alii, dejaron paso a los abiertos tratados de la fragmentación a cargo de Nietzsche, Cioran, Barthes, Brown, Gide, Bataille, García Calvo, Deleuze, Burroughs, Klossowsky y otros ilustres refraneros del alma. No entro en honduras filo-

sóficas, insisto. Sólo constato con mirada de tipógrafo —la mirada neutra por antonomasia— las diferencias llamativas que saltan a la vista entre las páginas de moda hace unos años y las páginas ahora en candelero: Ha disminuido alarmantemente el número de caracteres por página impresa, se observa sin mucho esfuerzo una tendencia irrefrenable a la composición por fragmentos, abundancia de blancos, escaso uso de las mayúsculas tradicionales, utilización de asteriscos para separar párrafos generalmente minúsculos, empleo desmedido de cursivas en frases o palabras aparentemente triviales, propensión cada vez más acusada a la llamada «composición en verso» por el hasta ahora reprobable método de las líneas centradas, sustitución de las notas al pie de página de carácter erudito por las notas al margen de página de signo poético, inexistencia de aparato bibliográfico al final del libro, foliación de fantasía y abuso injustificado de ciertos caracteres no alfabéticos de la máquina de escribir convencional, especialmente esa barra oblicua que suele dormir sobre el número 3, signo

conocido y utilizado en lógica al modo disyuntivo, pero actualmente manejado con intenciones imprecisas, acaso ornamentales.

## Vacaciones revolucionarias

Podría continuar rastreando en el mismo sentido la espectacular mutación que se ha operado en las formas expresivas del hombre que no tenía la mirada distraída, pero justo es decir que también la procesión va por fuera del discurso; aunque allí, en el exterior social, sea bastante más difícil mantenerse en el punto de vista empírico, etnográfico, desapasionado, divertido. Intento decir que estos signos internos —algunos mediopensionistas, esa es la verdad— del cambio en la actitud, los ideales y la cosmovisión de la izquierda española resultan a mi entender más útiles que el enésimo recitado de esa sarta de tópicos que provoca la industria nacional del desencanto y diariamente nos venden en el drugstore de las explicaciones y de las autojustificaciones a modo de consolación.

Decir, como se está repitiendo, que el actual furor por la gastronomía, la serie negra, el rock duro, las parlas suburbanas, la aventura a la vuelta de la esquina, el nihilismo ilustrado, la magia nacional, la mercancía retro, la nueva espiritualidad, la manía del stéreo o los juegos de masas, constituyen los motivos mundanos de la desmovilización política, no sólo significa confundir torpe, encantadoramente, los síntomas terciarios con las causas principales, sino situar el fenómeno del desencanto dichoso en el territorio de la moda, con el propósito de conjurarlo allí cómodamente. Implica reconocer que sí, que la izquierda vive ahora —unas merecidas vacaciones revolucionarias— al cabo de la larga resistencia y de la natural desilusión por el fracaso de la llamada ruptura democrática, pero que cuando transcurra esta natural reacción pendular y se agote la moda del yo, la Política volverá por donde solía. Y quien dice la Política, dice la mayor parte de aquellos grandes universales que estuvieron en el origen y formación del discurso teórico de la izquierda. Argumentaciones de esta envergadura las estamos leyendo u oyendo todos los días en firma o boca de los portalesloganes de la izquierda oficial, de los autotitulados teóricos del marxismo o de lo que queda de la España de la Resistencia, que queda bastante por lo que se ve.

## El hundimiento de los referentes

No es exactamente una simple cuestión de modas caseras y caprichosas el fenómeno del hundimiento de los *referentes* mayúsculos y singulares que articularon los ideales y las actitudes de la izquierda en este país y en el resto del Occidente. Lo político y lo ideológico no han sido desplazados por lo lúdico y lo mágico. Esa es una muy confortable y recia coartada «teórica» para enmascarar el agudo desconcierto que la izquierda vive en escenarios sociales de similar escala material y cultural al nuestro. Pero, sobre todo, es una muy provinciana manera de eludir por la vía rápida esa *complejidad* inexcusable que está en el meollo de todas las sociedades modernas y que es el origen de las sucesivas mutaciones acontecidas en estos cuatro o cinco últimos lustros, y de la que esta *visible* crisis del tradicional discurso de la izquierda —visible, ya digo, en términos ortográficos y tipográficos— apenas es un signo más.

Mientras en otros países, algunos con el socialismo instalado en el Gobierno de la nación, reflexionan a marchas forzadas y sin telarañas en la mirada acerca de las decisivas rupturas históricas, sociales, económicas, tecnológicas, científicas, culturales y filosóficas que han afectado de arriba a abajo las viejas nociones de «lo

político», «la izquierda», «la revolución», «el proletariado», «el comunismo» o «el partido», aquí, los miembros correspondientes de la Academia de la Izquierda, nos hablan de los estragos que en la moral política están causando los hijos de Bousse, Marlowe, Woody Allen, Arzac, Arconada, Rafael de Paula, Stevenson, Castañeda y Arzac. O lo que aún es más patético: continúan nuestros teóricos empecinados en confundir públicamente esa *crisis de civilización* que no está dejando evidencia con cabeza en el muro en vías de postindustrialización, con la *crisis gubernamental* del viernes por la tarde, o con los cotilleos acerca del sumario del 23-F, o con las inevitables intrigas de partido. Andan tan cegados por la inmediatez que se les escapa la actualidad.

## La ruptura que ocurrió

Naturalmente no es en el mundillo de los politicólogos de pasillo o de los teorizantes de la era del segundo Plan de Desarrollo donde hay que buscar los verdaderos síntomas de esas decisivas mutaciones que ha sentido en sus propias carnes el hombre que no tenía la mirada distraída. Ellos, los «irreciclables», sostienen que el origen de la desmovilización política de la izquierda española está en la frus-

trada *ruptura democrática*, y que todo lo demás son invenciones, mimetismos o frivolidades. Es justamente al revés de como nos lo cuentan. Porque lo cierto es que si hubo ruptura. Y ruptura histórica que, entre otras consecuencias, fragmentó impiamente en mil pedazos el tradicional discurso teórico y práctico de la izquierda. Es obvio que no me refiero ahora al sureño concepto platajuntista de «ruptura», sino a la compleja noción de ruptura que, por aquellas mismas fechas, estaba viviendo con intensidad y dramatismo toda la izquierda occidental, y cuyos primeros efectos nos están salpicando ahora mismo, con los cinco tradicionales años de retraso sobre el horario previsto. Precisamente ocurrió la ruptura que hizo tambalear la ortografía ideológica de aquel sincero militante o compañero de viaje de los años sesenta, que dispersó poéticamente el cerrado texto de cabecera, que liquidó la centralidad sagrada de lo político, que introdujo en el escenario de lo social nuevos sujetos históricos sin trato conocido con los modos de producción, que desplazó las luchas populares del asalto al Estado a la conquista de lo cotidiano, que provocó en la izquierda el abandono de la idea de Revolución en la propia casa para trasladarla a lugares cada vez más lejanos: Oriente Medio, Nicaragua, El Salvador, Polonia.

Como dice Michel Foucault, la izquierda de estos últimos años ha per-

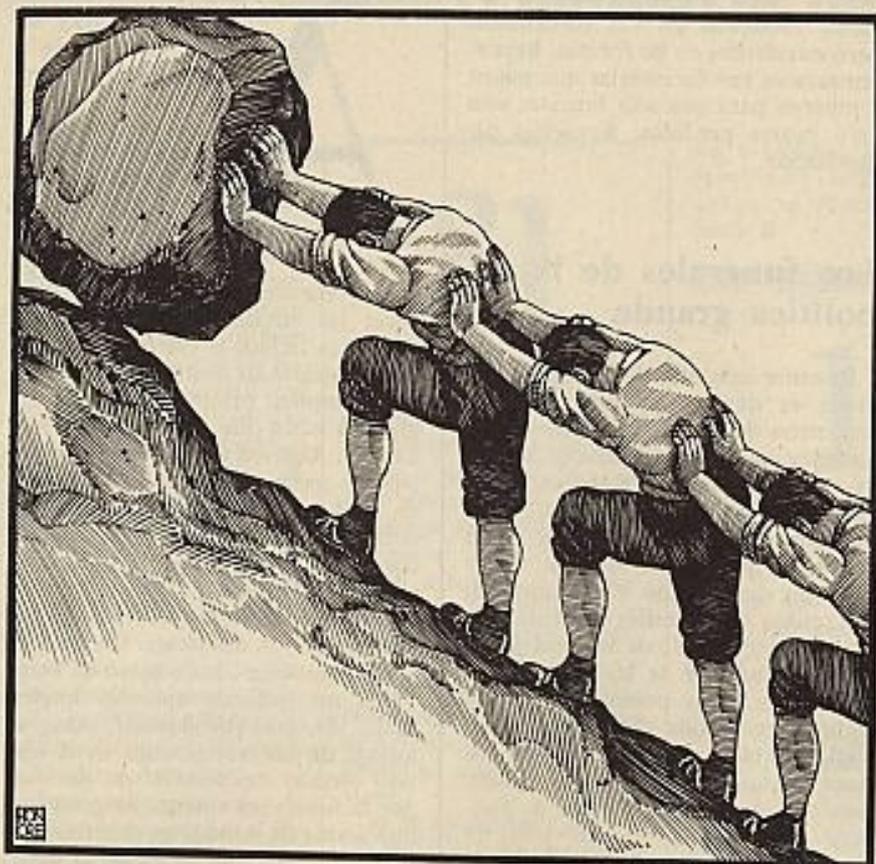
# EL ESCEPTICISMO COMO NUEVA FE

FERNANDO SAVATER

**C**REO que creo, pero a veces dudo de sí dudo»: con este patológico trabalenguas resumía hace poco un amigo su confusa situación anímica frente a las propuestas de transformación del mundo que padecemos. Una de las novedades de los tiempos es que a los dogmáticos militantes de hace unos años, para quienes la más ligera reserva teórica o cautela práctica era entreguismo pequeñoburgués o traición, les han sustituido los actuales fanáticos del escepticismo. La sustitución se ha realizado por lo general dentro de sí mismos, o sea que los exdogmáticos son ahora *excépticos* y todo queda de ese modo en familia. No hay fe más exigente y rígida que el escepti-

cismo, sobre todo para los nuevos conversos: es cosa de ver el jubiloso fervor con que anatematizan a quien formula una leve esperanza de modificación del orden vigente o descalifican con una pladosa sonrisa al que delante de ellos se atreve todavía, en el calor de una discusión, a manejar términos como «explotación» o «justicia». Como mientras fueron creyentes cerraron ojos y oídos a todas las barbaridades que se hacían (y se hacen) en los llamados países socialistas en nombre de la diosa Revolución, ahora rechazan de plano, con idéntica intransigencia, que detrás de cualquier planteamiento revolucionario pueda haber otra cosa que barbarie. Como antes excusaron el autoritarismo o la ambición de sus dirigentes por el hecho de estar afiliados a la Santa

Causa, ahora ya no ven en toda causa más que autoritarismo y ambición, subrayando con deleite estos demasiado frecuentes rasgos personales en cualquier socialista o comunista que llega a un cargo público. Lúcidos, ilustrados, desengañados al fin, acuden de inmediato a socorrer la ingenuidad de quien saluda con moderado contento alguna victoria de la izquierda en un mundo político no demasiado abundante en ellas: «¿cómo, pero tú te crees lo de Mitterrand?... no me dirás ahora que Papandreu... lo de Nicaragua ya se veía venir: ¡verás como acaban!... te advierto que, objetivamente considerado, había más libertad con Giscard... mira, si me apuras te diré que prefiero Fraga a Felipe: ¡por lo menos mantendrá quietos a los militares!... etc... Sobre todo, los neo-escépticos conservan una fe de carboneros en que todo es irremediablemente como debe ser o, al menos, como tiene que ser. Ya han descubierto por fin el secreto del mundo: no hay nada que hacer. No permitirán que ningún aguafiestas con veleidades regeneracionistas retroadolescentes les fastidie esta simple y contundente convicción. Sólo les queda clausurarse en la vida particular,



mos años la izquierda no ha producido ningún *universal del pensamiento*. ¿Asistimos a una mundialización de los cálculos políticos? Sin duda. Pero de ninguna manera asistimos a una universalización de la conciencia política (...). Las épocas dominadas por los grandes pasados —guerras, revoluciones, resistencias— exigen fidelidades. Pero hoy es el tiempo de las rupturas. Era lógico que en el periodo de la tromboflebitis *las resistencias españolas* —digámoslo así, en cursiva, plural y minúscula— fueron insensibles a las grandes rupturas que se producían en el mundo y afectaban directamente a los fundamentos de la izquierda occidental. Es intolerable que tantos años después continúen adueñándose aquella «particular ilusión» del rupturismo casero a modo de causa de la «desilusión de los universales políticos». No somos diferentes, como insisten cada dos por tres ciertos intelectuales que viven con intensidad el arte de la repetición decimonónica. Sencillemente se trata de un mero desfase horario que es necesario corregir, faltaría más, pero que es de pésimo gusto elevar a categoría histórica o filosófica.

## Los nuevos protagonistas

Exilio de los universales mayúsculos, pluralización de las evidencias, fragmentación lírica de la prosa del mundo, mitificación del instante, olvido del pasado, terror al futuro... Cada uno de estos momentos vividos por el hombre que no tenía la mirada distraída posee sus correspondientes traducciones: fracaso de las grandes revoluciones, renuncia explícita de la izquierda occidental a la toma de Poder, irrupción de nuevos sujetos revolucionarios en el teatro de las luchas sociales, acabamiento de la era de la producción, desarrollo vertiginoso de la sociedad de consumo de masas, crisis sin retorno de la legitimidad histórica, política y teórica de los partidos comunistas, reparto nuclear del planeta, Budapest, el Gulag, Vietnam, Berkeley, Mayo, las guerras del Tercer Mundo, Polonia... Y una observación central que debo a Jean Daniel: los científicos han decidido realizar en sus laboratorios lo que la Revolución no ha logrado en la Historia: cambiar al hombre.

Pero el telefilm sigue su curso. No todo ha sido desencanto, deserción social, nostalgia o magia simpática, como nos quieren hacer creer esas

dido sus tradicionales identidades. Ya no se sitúa por relación a los grandes «geodésicos» de la historia —capitalismo, burguesía, imperialismo, socialismo, proletariado— sino a partir de

experiencias cada vez más dispersas, objetivos cotidianos, compromisos de quita y pon, consensos altamente perecederos, ideas móviles y territorios exóticos. Y concluye: «En estos últi-

comprarse un video y esperar las televisiones privadas, afiliarse a un club de *gourmets* donde les recomienden los caldos y las salsas de que se privaron cuando eran proclinos, intentar por fin vivir el gran amor de su vida con Purita y leer a Jean-François Revel, que no creas, pero tiene mucha razón...

Por supuesto, no es cosa de predicar de nuevo los viejos dogmas omniexplicativos que en el pasado próximo obstruyeron tantos pensamientos. Tampoco hay nada que objetar al descubrimiento —no tan reciente— de que la política oficial de uno u otro signo poco hace para transformar la vida cotidiana y que esperar una mayor emancipación de ésta por vía exclusiva de partidos, parlamentos, etc... es obnubilación o hipocresía.

Por otra parte, dar por supuesta la dencia como a los soldados el valor a cualquier señor con un carnet de izquierdas sería demasiado cándido. Lo único que quisiera recordar a los escépticos es que hay *otro* escepticismo más allá del suyo. Es el que duda radicalmente de la necesidad de lo necesario, el que duda de las condiciones objetivas, el que duda de que los dados

hayan sido arrojados ya de una vez por todas; es el que duda de las leyes inexorables del mercado que impedirían cualquier experimento socializante, el que duda de las no menos inexorables leyes psicológicas que nos condicionan a ser por siempre rapaces, obtusos y agresivos, el que desconfía de las utopías pero aún más de quienes proscriben el ímpetu utópico; es el escepticismo que no cree en los partidos pero aún menos en quienes de la crítica a los partidos extraen la coartada de un apoyo práctico a la derecha, es el escepticismo de quienes dudan de la pureza de intenciones de la oposición, pero más de quienes denunciándola se confirman como «independientes progubernamentales», el escepticismo de quienes piensan que todos son más o menos lo mismo, pero los de izquierda están aún por ver... ¡y dudan, por dudar, hasta del refrán que hace al malo conocido mejor que el bueno por conocer! Este radical escepticismo podría ser un bonito objetivo a lograr por quienes ya han despertado de tan acendrados dogmatismos. Animo, pues: ¡escépticos, un esfuerzo más todavía para llegar al pleno desencanto! ■

momias teóricas de la pre-crisis que están convencidos que «la salvación de la izquierda» pasa por el género curioso de los comentarios filológicos a los clásicos comentaristas de los comentarios revolucionarios de Marx, o por el siempre indecente espectáculo de rasgarse las vestiduras en público por noticias políticas con menos porvenir que un kleenex, practicando a costa de sucesos periodísticos de exclusivo uso casero rabieta de un dudoso lirismo lacrimógeno. Además de aquellos lúdicos *síntomas terciarios* que tanto les escandalizan —y no es del todo ocioso advertir de paso que tampoco aquí somos lo que se dice diferentes, que esas célebres manías consumísticas son idénticas a las que se practican por el resto del Occidente: gastronomía, serie negra, industria de lo retro, vuelta a la narración al cabo del día del vanguardismo, etcétera— también es necesario registrar en el haber —no en el deber— de la *desmovilización política* el arrollador auge de las nuevas *movilizaciones sociales*, protagonizadas por grupos nacidos y desaparecidos al margen de los partidos políticos —muchas veces como reacción a ellos— y con unas características críticas o de lucha que nada tienen que ver con los viejos proyectos revolucionarios de la era del primer industrialismo. Me refiero, claro, a los movimientos ecologistas, al asociacionismo ciudadano, a la acción antinuclear, a los nacionalismos videntes, a los grupos autónomos, a la agitación feminista, gay, juvenil, marginal, suburbial, radical, a la defensa de los derechos de los consumidores, a las protestas «salvajes» contra la represión, el paro, las guerras tercermundistas.

Ellos son los verdaderos protagonistas de las nuevas luchas sociales: los huérfanos de la Revolución. Energía social arrolladora sin sujeto ni objeto conocidos. Masas en ira que no van, ni ven, más allá del instante y de lo cotidiano. Masas sin pasado, sin destino, sin conciencia de clase, sin espacio histórico definido, sin respuestas totalizantes, sin preguntas universales. Ateísmo político que ha renunciado a la toma del Poder, pero cuya sola presencia callejera desenmascara al simulacro de la ocultación de los poderes.

Fragmentación del *todo* político de la gran política, en mil pedazos alternativos, reivindicativos, también separados por *asteriscos*: por sexos, por edades, por barrios, por jergas, por guerras, por contaminaciones, por gustos, por signos. Insurgencias plurales, minúsculas, cotidianas, anónimas, transideológicas: escandalosa-

mente modestas en sus contenidos, pero estridentes en las formas. Representaciones revolucionarias que nacen y mueren para una sola función, sólo para causas perdidas. Revueltas sin Revolución.

## Los funerales de la política grande

Bastante más allá de la calle de la moda es donde hay que situar el fenómeno de las rupturas sucesivas y decisivas que desbloquearon la mirada de aquel hombre con atributos históricos desmesurados. Porque la «muerte de lo político» no es, como por estos pagos nos quieren hacer creer los que aún no han sentido en sus retinas el ensordecedor ruido de las mutaciones que nos llevaron de los prolegómenos de la sociedad de la producción a las postrimerías de la segunda revolución industrial; no es, digo, un bien urdido truco de los Gorz, Pasquino, Trontix, Foucault, Baudrillard, Toffler, Daniel o Touraine. Que basta prestar un poco de atención «distráida» a las pancartas de esas nuevas insurrecciones callejeras para entender que no sólo se trata de conjuros contra la OTAN, la colza, Rosón, el terrorismo, Lemóniz, el machismo, los USA o la LOAPA, sino de llamativas actas de defunción de aquel lenguaje político de izquierdas encerrado en sus propias evidencias, esferoide, expicalotodo, sembrado de mayúsculas y singulares. Esos pareados contra el centralismo político que gritan son también el requiescat in pace del centralismo de lo político. Reivindican asuntos simples, incluso simplones, porque intuyen en la esquina la sombra de la complejidad. Prefieren recorrer en manifestación efímera la acera de lo cotidiano que emprender la larga marcha suicida por el laberinto de las utopías que al final se muerden la cola. Y cuando en su camino alternativo encuentran un muro inesperado y ocurre a menudo, lo ven «no como un obstáculo que hay que superar, sino como una superficie que hay que descifrar». Escaldados de tanta historia, estos huérfanos de la Revolución son conscientes de que en estos instantes resulta más útil comprender un solo fragmento del mundo que la vana pretensión de querer cambiarlo todo.

Unos y otros, los desencantados lúdicos y los ateos políticos, andan por la vida de *santa compañía*. Nos anuncian los funerales de la política grande. ■ J. C.

A

LGUNOS sociólogos de la historia piensan que es oportuno dar por terminada la era de las revoluciones en Europa. Dado el apego

de los relatores de la historia a considerar las etapas de la Humanidad entre dos fechas, la era de las revoluciones llevaría las de 1647-1939: desde que Cromwell prendía al Rey de Inglaterra hasta que Franco dominó en España. Algunos acontecimientos posteriores serían tardíos, o interpretados de otras maneras: la revolución aplastada en Grecia sería un ajuste de cuentas de la II Guerra Mundial, la de abril en Portugal la simple muerte natural del último fascismo de Europa —por lo menos, del último fascismo de la primera serie—, la de mayo en París, 1968, un brillante episodio intelectual... Se está hablando, naturalmente, de las revoluciones en el sentido estricto del intento de derribar por la fuerza un sistema de gobierno, una forma de estado, un determinado predominio de una sociedad. Es decir, de lo que ha sucedido hace poco tiempo en Irán, de lo que a veces sucede en algún país africano, asiático, americano. Hay otro tipo de revoluciones. La definición de la palabra es muy amplia. Para Gaston Bouthoul, por ejemplo, la revolución es un intento de armonizar las instituciones con las mentalidades, y es una frase bastante exacta.

Las instituciones suelen ser conservadoras, las mentalidades en cambio progresan con arreglo a una dinámica de vida más veloz. En esa acepción, lo sucedido en España a la muerte de Franco y en los años inmediatamente posteriores sería una revolución; mentalidades más acordes con nuevos sistemas de vida —y en esto no hay que distinguir exactamente izquierda y derecha— deshacen instituciones de contención y represión y las sustituyen por otras. Sería también una revolución lo que está sucediendo en Polonia: el orden antiguo —el *ancien régime*, como se decía en el vocabulario de las revoluciones— no recibe al impulso de las mentalidades nuevas. Pero en los dos ejemplos aparece, también, algo de la imposibilidad de las revoluciones en la Europa contemporánea: la aparición del compromiso. En España se discutía entonces en otros términos, en otro vocabulario, entre la *ruptura* y la *reforma*; las fuerzas que detentaban en el poder —y que siguen hoy en pie, y